

**A PROPÓSITO DEL LIBRO «CULTURA E IDENTIDAD OBRERA,
COLOMBIA 1910-1945». UN ACERCAMIENTO
PRELIMINAR**

DIANA MARTINEZ BOCANEGRA
.....



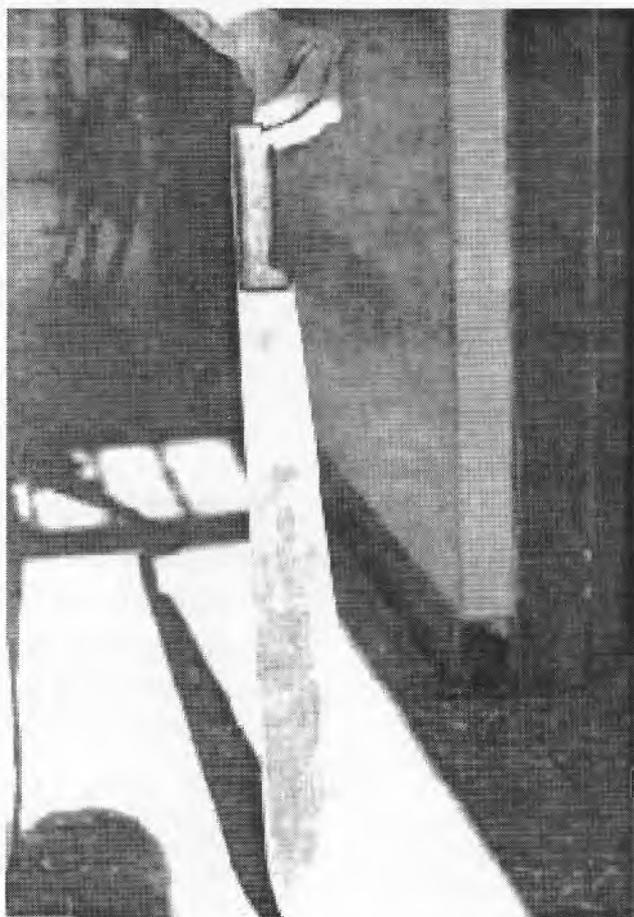
El libro de Mauricio Archila Neira, «Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1910-1945». —Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP. Bogotá, D.C. 1991. [475p.]— hace un

recorrido por el proceso de formación y desarrollo de la clase obrera colombiana durante el período comprendido entre 1910 y 1945.

En la introducción del libro, el autor precisa tres conceptos que por ser de gran relevancia en su investigación es necesario aclarar. Por obrero define al trabajador del campo o de la ciudad que trabaja los medios de producción y depende de su salario para vivir. Quedan por fuera de esta definición funcionarios públicos, profesionales, educadores y mandos medios de empresas, pues aunque son asalariados no laboran directamente los medios de producción. Esta definición también deja de lado a los que viven de su propiedad por pequeña que ella sea pues estos no dependen de un salario. Esta definición propuesta por el

autor, termina a la postre siendo extremadamente restringida. Es de suponer que al excluir a los pequeños propietarios deja también por fuera a un importante sector de trabajadores independientes, que si bien eran dueños de sus medios de producción, se identificaban con sus demandas y compartían sus mismos problemas y necesidades. Esta situación derivaba en que se fuera construyendo una identidad de clase común. Es así que trabajadores y gremios de zapateros, sastres, carpinteros, tipógrafos entre otros, jugaron un destacado papel en la evolución del movimiento obrero. No sobra anotar que fue justamente en estos sectores de trabajadores donde las ideas anarquistas tuvieron un mayor influencia y desarrollo.

La clase obrera es para el profesor Archila Neira el resultado his-



tórico en el que convergen los trabajadores asalariados cuando las condiciones económicas, políticas y el proceso cultural de identificación lo propician. De esta manera pertenecen a esta clase quienes se identifican con este nuevo sector social y que compartan iguales condiciones de explotación y miseria. De otro lado, a los sectores sociales dominantes se los enmarca dentro del concepto de élites.

En la primera parte del libro el autor hace mención a los procesos de transformación de las estructuras económicas y políticas que sufrió la sociedad colombiana, tiempo después de la separación de España. En esta parte del libro se describe en detalle el contexto en el que irrumpió la clase obrera.

Hacia 1847 los artesanos comenzaron su proceso de organización. A mediados del siglo XIX las clases

dominantes desplegaron esfuerzos para lograr la conexión del país con el mercado internacional, pero diversos aspectos hicieron que productos que se estaban exportando perdieran rentabilidad en los mercados europeos, hasta que se logró la consolidación del café como principal producto de exportación. Para responder a la demanda internacional se intentó consolidar el mercado nacional, se construyeron vías que conectaran las regiones y se incentivó a algunos empresarios nacionales, quienes más tarde dieron inicio a la industria, la que se consolidó gracias a la sustitución de importaciones, medida que se tomó como consecuencia de la gran depresión mundial.

La demanda de mano de obra por parte de la industria se convirtió para muchos trabajadores rurales en una oferta atractiva, lo que fue estimulando un lento proceso de urbanización. El autor describe especial detenimiento dicho proceso en las siguientes cuatro ciudades: Bogotá, Medellín, Barranquilla y Barrancabermeja.

En Bogotá, la ampliación de las vías de comunicación y el mejoramiento de los servicios públicos

fueron logrando que la ciudad dejara lentamente de ser una aldea para contar, hacia los años 30, con una estructura urbana más compleja.

En esta ciudad los sectores populares vivían hacinados en el oriente y el sur. La iglesia católica jugó un papel importante en la construcción de barrios obreros. Las profundas diferencias sociales de esta ciudad fueron las que alentaron la protesta popular.

En lo que respecta a Medellín puede decirse que la actividad comercial era el atractivo de la ciudad. De esta manera el comercio motivó su crecimiento logrando pasar de ser la aldea de principio de siglo a la segunda ciudad del país.

Allí fueron las industrias las encargadas de otorgar vivienda a sus trabajadores. En la región antioqueña el trabajo manual y el comercio nunca fueron considerados como indignos, por esta razón al pueblo antioqueño se le estereotipó como laborioso. De otro lado, la religión católica tuvo allí gran acogida, reforzando el apego antioqueño a sus valores tradicionales. A pesar que la élite

compartía la misma ética de trabajo e igual valoración religiosa, las contradicciones sociales no desaparecieron.

Por su parte Barranquilla gana importancia gracias al desarrollo exportador del país. Esto debido a su condición de puerto fluvial y marítimo. En Barranquilla ni la iglesia católica, ni el Estado, ni la empresa privada dotó a los trabajadores de vivienda, por eso se ubicaron en terrenos poco aptos para vivir y no contaron con servicios públicos. Barranquilla se constituye en una ciudad cosmopolita y tolerante, en la que la influencia de la iglesia católica ha de ser menor que en el interior del país.

Las actividades económicas dependían del desarrollo portuario de la ciudad. Allí se conocían antes que en el resto del país no sólo las novedades científicas, sino también las nuevas ideas revolucionarias. Esto hará de Barranquilla un punto importante en la lucha obrera de principios de este siglo.

En cuanto a Barrancabermeja puede decirse que con la construcción de la refinería petrolera en 1921, el pueblo se vería inundado de



inmigrantes de la Costa Caribe y del interior. La actividad petrolera marca la vida de todos sus habitantes y el caserío de principios de siglo se transforma en un gran campamento minero. La Tropical Oil facilitó la vivienda de los trabajadores, agudizando las diferencias sociales ubicó a los solteros en inhóspitos galpones, a los casados en viviendas que se comunicaban entre sí y a los técnicos y funcionarios extranjeros en cómodos barrios que contrastaban odio-

samente con las condiciones de los nacionales.

Por ser en su mayoría inmigrantes, se respiraba un clima de tolerancia e informalidad en la cotidianidad de los barrangueros, a quienes se les miraba con recelo por las autoridades centrales por el gran peso obrero de su cultura. La segunda parte del libro corresponde a un estudio pormenorizado de la manera como se configuró el movimiento obrero, de la vida

cotidiana de los trabajadores, de las relaciones paternalistas construidas entre empresarios y obreros y de la manera como éstas buscaban suavizar las duras condiciones en las que trabajaban los primeros obreros y obreras. Este paternalismo se fue quebrando tanto por la presión de los obreros como por la transformación del Estado.

En esta parte del libro, se mencionan las tradiciones heredadas de



los artesanos, sus mecanismos de resistencia a la proletarización y la lucha por el control del tiempo, tanto en los lugares de trabajo como fuera de ellos. Un aspecto que se destaca tiene que ver con las tensiones frecuentes que se daban por el manejo del tiempo entre los obreros y los patronos. La élite buscaba además controlar el tiempo libre de los obreros, a través de campañas moralizadoras, como también pretendía imponer la disciplina de trabajo, además de limitar la existencia de espacios en que los obreros socializaran su inconformidad con el orden laboral reinante.

Aquí el autor señala que la constitución cultural y organizativa como clase de los trabajadores colombianos dependió fundamentalmente del contacto con los artesanos, quienes se organizaron para exigir condiciones competitivas para sus productos.

El autor considera que los primeros grupos obreros estuvieron influidos por las tradiciones cristianas, anarquistas y socialistas de los artesanos. De ellos heredaron también las tradiciones organizativas y del uso del tiempo

libre. Estas tradiciones que se harán comunes a todos los trabajadores serán las que le darán identidad a los obreros.

En la tercera parte del libro, Archila Neira se refiere a las modificaciones que la clase obrera implementará en las formas de lucha heredadas por los artesanos. Igualmente se describe la manera como reaccionan los distintos sectores de la sociedad colombiana ante la acción organizativa desplegada por el movimiento obrero.

El movimiento huelguístico fue parte importante de la transformación organizativa de los obreros. En el capítulo dedicado a este tema, el autor hace mención de las múltiples huelgas que se presentaron en el país a partir de 1910, fecha en la que se registró la primera huelga en Barranquilla.

En los sectores de la economía en donde se privilegió la huelga como forma de lucha, fueron los transportes y la industria principalmente. Según los datos proporcionados por el autor es posible deducir que las huelgas prácticamente se improvisaban. Estas huelgas se presentaban por la intransigencia de

los empresarios ante las peticiones de sus trabajadores y por la complicidad del Estado para con las clases dominantes. La manera despectiva como las empresas extranjeras trataban no sólo a sus trabajadores colombianos sino al mismo gobierno, le dio a las huelgas un matiz claramente antiimperialista y nacionalista.

Las diversas formas organizativas de los obreros desembocarían en los sindicatos. Los primeros sindicatos se podrían considerar como formas organizativas de transición entre las organizaciones mutuales del artesanado y las organizaciones revolucionarias de la clase del proletariado. Según Archila Neira las antiguas sociedades mutuarías propiciaron el espacio para que los asalariados expresaran su descontento con la situación laboral que vivían.

Según el autor prevalecía hacia los años 20 un sindicalismo «externo», es decir, aquel en donde los trabajadores se encontraban orientados y/o asesorados por personas ajenas a la empresa. Este sindicalismo propiciaba la confluencia y participación de ideas revolucionarias de distinto origen, impul-

sando acciones que tenían una proyección que iba más allá de los límites de la fábrica o del taller artesanal, lo que permitía la solidaridad de otros gremios. Luego aparecería el sindicalismo de empresa, donde la lógica de la negociación se limitaba básicamente a los aspectos salariales.

El socialismo hace su aparición como inspirador del movimiento obrero, en un principio con una tendencia pluralista que daba cabida a las diferentes concepciones sobre el papel de la clase obrera en el futuro de la sociedad. Es así como para estos años es muy frecuente que las organizaciones de los trabajadores manejen discursos ideológicos que son una amalgama, muchas veces confusa, de ideas revolucionarias provenientes de las más disímiles tendencias políticas. Con el paso del tiempo ese eclecticismo irá desapareciendo para ir abriendo el camino a discursos ideológicos mucho más claros y elaborados.

El anarquismo haría su aparición como una respuesta al orden social y económico existente. Su inclinación a la acción directa, su desconfianza hacia los políticos de

oficio, su aversión hacia la militancia partidista, su constante lucha contra el Estado y su institucionalidad, su reputado internacionalismo, sus formas organizativas antiautoritarias y descentralistas, su valoración por la individualidad... producía una gran aceptación hacia esta ideología, por parte de numerosos sectores de obreros.

El movimiento obrero también se vio influido por las ideas marxistas, sobre todo a partir del triunfo de la revolución bolchevique en



1917 en la Rusia zarista. Estas ideas marxistas fueron las que principalmente alimentaron las pretensiones obreras de construir un partido político propio que le sirviera a sus intereses y como mecanismo para acceder al poder estatal.

Dentro de lo que se puede denominar como sindicalismo revolucionario, estas tres tendencias, la socialista, la anarquista y la marxista, se disputaron durante todo el desarrollo del movimiento obrero el carácter de vanguardias. De otro lado, no sobra recalcar también que el liberalismo se disputó el control sobre importantes sectores y organizaciones obreras, y que incluso con su accionar muchas veces encontró puntos de identidad con los socialistas y marxistas.

En el declive del movimiento obrero a fines de la década de los treinta jugó un destacado papel el liberalismo, puesto que desde el poder desplegó todos sus esfuerzos para cooptar a la clase obrera, a través de la implementación de una legislación sindical que supeditó a la racionalidad estatal las luchas de los trabajadores. Fue así como el partido liberal apoyó la creación de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC.

Como se ha dicho, el gobierno liberal hizo un avance importante en la incorporación de los obreros a la política con lo que se le asestó un duro golpe al sindicalismo revolucionario, en tanto contribuyó



a fortalecer un sindicalismo meramente economicista.

Durante la primera administración de Alfonso López Pumarejo, la clase obrera ganó presencia nacional e importantes conquistas a nivel organizativo, de tal manera que el liberalismo consiguió imponer una institucionalidad en el conflicto laboral. El reformismo lopista logró que la clase obrera considerara al Estado liberal como un aliado que le otorgaba poder. Cuando los sectores de la élite quebraron esta alianza entre Estado y sindicatos, el sindicalismo y la clase obrera quedarían muy impactados y no

serían lo mismo después. Esto ejercería un influencia notable en la construcción de identidad de la clase obrera colombiana.

El libro de Archila Neira presenta en toda su dimensión la complejidad del movimiento obrero colombiano durante las primeras décadas del presente siglo. Utilizando una variedad de fuentes consigue desentrañar aspectos poco conocidos de las luchas de los obreros. En ese sentido es importante mencionar que el autor, tal vez sin proponerselo, pone de presente la importancia que las ideas anarquistas tuvieron en los

sectores y organizaciones obreras y su destacado papel en la conformación de la conciencia obrera.

Con los datos que el autor trae sobre la presencia e influencia del anarquismo en círculos y sectores obreros, abre nuevas perspectivas de estudio sobre el movimiento obrero, que venía siendo estudiado principalmente desde las ópticas de los partidos liberal y comunista. En ese contexto es claro que los estudios realizados por intelectuales tanto liberales como comunistas se han caracterizado por el sesgo de sus análisis en la medida en que han pretendido realzar siempre el papel jugado por sus respectivos partidos en la configuración y desarrollo de la clase obrera, desestimando la importancia de otras tendencias ideológicas y sociales, que como el anarquismo fue significativa.

Las referencias que sobre las ideas anarquistas se hacen a lo largo de todo el libro son definitivas para evidenciar que el anarquismo desempeñó un destacado papel en el desarrollo del movimiento obrero. Es así que junto a los libros de Alfredo Gómez Muller «Anarquismo y Anarcosindicalismo en Amé-

rica Latina» -Ruedo Ibérico Editores- Ibérica de Ediciones y Publicaciones. Barcelona. 1980— y de Orlando Villanueva Martínez, Renán Vega Cantor, Juan Carlos Gamboa Martínez, et al. «Biófilo Panclasta. El Eterno Prisionero. Aventuras y Desventuras de un Anarquista Colombiano» -Ediciones Proyecto Cultural Alas de Xué. Bogotá, D.C. 1992— el libro del profesor Archila Neira se constituye en texto obligado de consulta para entender en su entera dimensión el origen y desarrollo del anarquismo en Colombia y su incidencia en los sectores y organizaciones populares en las primeras décadas del siglo XX.

